

No más ejecuciones.
¡Abajo la pena de
muerte!

Largo Caballero habla desde la cárcel...

En el folleto "Octubre" las Juventudes Socialistas han planteado problemas que el Partido tendrá que discutir y resolver.

El Presidente del Partido no ha tenido intervención directa ni indirecta en su publicación.—El fantasma del caudillaje.—El Socialismo español y la II Internacional.—Un socialista no puede asustarse de la bolchevización del Partido.—Por la unidad sindical y política.

Séame permitido, en estas cuatro líneas de introducción; insistir en una afirmación que ya él se cuida de hacer: Largo Caballero no ha tenido arte ni parte en el folleto «Octubre». Le ha conocido cuando estaba a la venta. Sin embargo no hubiera habido pecado en que le conociese antes. Los que lo han insinuado, pretendiendo ponerle en situación difícil, han utilizado un pobre recurso. ¿Y qué si Largo Caballero hubiese conocido «Octubre» antes de darle a las cajas? ¿No consultaron otras Ejecutivas a otros Presidentes del Partido, sobre actuaciones mucho menos importantes? Por cierto que en una de esas consultas se hizo ver a los representantes juveniles que la República era un acontecimiento lejano, y, a los pocos días, con grave quebranto del prestigio político del consultado, quedaba proclamada. Con la misma razón hubiera podido consultar la actual C. E. a Largo Caballero, en esta ocasión. Pero prefirió aventurar su sola responsabilidad, dando una prueba de independencia que no conciben los que nos acusan de fomentar el caudillismo.

El Presidente del Partido no vió el folleto hasta que fué publicado. Ni mucho menos lo inspiró, en el sentido de recomendar que se editara, de apuntar problemas y soluciones para que las juventudes los desarrollasen. En otro sentido, sí que está inspirado, en parte por él. Ni nosotros lo negamos, ni él podría. Las conclusiones a que se llega en «Octubre» eran, a nuestro entender, fruto directo, consecuencia obligada en buena lógica, a sacar de la línea política seguida hasta octubre por el Partido, dibujada, magistralmente, en sus «Discursos a los trabajadores». El desarrollo de las premisas sentadas en aquellos discursos, tras los acontecimientos habidos, tenía que conducir, ineludiblemente, a las conclusiones del folleto. En este aspecto, y sólo en éste, es Largo Caballero inspirador de la tan comentada publicación, a pesar de no tener la menor idea de que existía, hasta que, al ponerse a la venta, recibió un ejemplar.

Sus declaraciones confirman que no anduvo la F. N. J. S. muy descaminada en las conclusiones, puesto que, en líneas generales, son las que él mismo extrae, como se deducirá de lo que sigue.

«Octubre» plantea los problemas que el Partido tendrá que tratar forzosamente.

—Quisiera que explicara usted cómo ha llegado a conocer nuestro folleto. Ya sabe que hay quienes se dejan decir que estuvo inspirado por usted.

—Me alegró de que me haya hecho esa pregunta —responde el Presidente del Partido—; de otra forma la hubiera suscitado yo. Quienes hablan así falsean la verdad. Como usted sabe, en la publicación del folleto, yo no he tenido intervención directa ni indirectamente. Solamente un día me dijeron los directivos juveniles encarcelados, que iban a contestar a un folleto comunista, en el que se hacían consideraciones erróneas. Y meses después, esperando esa contestación, me encontré con «Octubre», ya publicado. Eso es todo.

—Exacto. ¿Y qué impresión le produjo?

—¿Qué impresión? Hasta ahora no se la he comunicado a nadie; pero hoy no tengo inconveniente en declarar que, en general, el folleto plantea los problemas que indudablemente hay creados en nuestro Partido. Y que en muchas —aunque no en todas— de sus afirmaciones, estoy en absoluto de acuerdo.

Ya sé que hay en él conceptos —añade— que han escandalizado a socialistas que se consideran ortodoxos. Por ejemplo el de la bolchevización. Claro está que una de las virtudes más grandes de «Octubre» es que ha puesto al descubierto la ignorancia de mucha gente en relación con nuestra ideología y con la historia del movimiento obrero. Parece mentira que haya «socialistas» que se asusten del concepto bolchevización. Y lo más sorprendente es que algunos de ellos no tengan inconveniente en aliarse con los llamados bolcheviques oficiales, y luego después retrocedan ante el concepto. Si no me equivoco, el sentido que los jóvenes le dan —y creo que lo explican en el mismo folleto— no es otro que la depuración del Partido, la reafirmación de su ideología marxista, y su reconstrucción orgánica, al objeto de que sea un instrumento de combate más eficaz. No presentan los jóvenes a los bolcheviques rusos, de los que toman ejemplo, como hombres feroces que llevan un cuchillo entre los dientes, sino como hombres que están realizando una revolución social a través de enormes sacrificios, rendidos a unas ideas de las que todos participamos. En cuanto a la reconstrucción del Partido, en el sentido de darle una nueva estructura, centralizando sus actividades como no lo están hoy, puede ser motivo, el planteamiento de su necesidad, para que se escandalice nadie? Pues quieran o no, todas esas cuestiones habrá que discutir en el Congreso, y nadie conseguirá evitarlo; ni los que se asustan y se mofan de la palabra marxismo, demostrando con ello, que no son socialistas.

—No olvidaría usted que ha habido quien se ha extrañado de que propugnemos la dictadura del proletariado...

Pues para poder rechazar ese postulado, los que se oponen a él, debieran comenzar por explicar otro procedimiento por el cual sean viables los fines que persigue el Partido Socialista: conquista del Poder, primero, y transformación económica social, después. ¿Por qué medios va a llegarse a estos fines? ¿Por el que señala el artículo 44 de la Constitución vigente? ¿No resulta de-

masiado inocente creer que el capitalismo va a consentir que el Partido Socialista haga efectivas las medidas de su programa máximo constitucionalmente? Claro que si la clase burguesa desistiese de su misión histórica y nos permitiera llegar sin violencias al nuevo régimen, sería preferible. Pero es un error de consecuencias terribles, que nos conduciría aún a mayores sacrificios —ejemplos cantan— fiar en la generosidad del enemigo. Y no hablo de memoria. La historia nos muestra que ninguna clase, y la burguesa menos, renuncia de grado a sus privilegios económicos y políticos. Concretamente, por lo que se refiere a nuestro país, podría recordar muchos hechos, que muestran cómo siempre que nuestro Partido ha llegado a adquirir alguna preponderancia en la vida pública española, se han puesto en movimiento todas las fuerzas de la burguesía para aplastarlo.

No es cierto que se fomente el caudillaje

—Y ¿qué me dice del supuesto fomento del caudillismo en nuestro campo?

—Ya he visto —responde Largo Caballero— la imputación que, con gran sorpresa por mi parte, hacen algunos correligionarios. Aclaremos esto. Que yo sepa en el folleto «Octubre» no se dice que haya que erigir a nadie en caudillo del Partido. Y desde el momento en que no se dice eso, todas las críticas y todos los ataques caen por el suelo. Además, no ya sólo me parece pueril, sino hasta estúpido —y no pretendo ofender a nadie— levantar bandera de anticaudillaje en el Partido. Eso es desconocerle. Porque ni el Partido quiere caudillos, ni creo que dentro de él haya

Después de las declaraciones de Largo Caballero

CONSIDERACIONES NUESTRAS

Las declaraciones del camarada Largo Caballero, que publicamos íntegramente en nuestro último número, nos consta han sido favorablemente acogidas entre los militantes de esta capital y de otros pueblos. Por esas declaraciones —a nuestro juicio de una transcendencia excepcional— se remacha aún más si cabe, en nuestra conciencia, la turbia actuación de la mayoría de los miembros del C. N., de sentir opuesto a la C. E.

A nosotros, ya no pueden merecernos confianza alguna ese Comité aún a despecho de haber sido nombrado con toda honradez. Han pasado muchas cosas, como dice Caballero, para que esos camaradas puedan representar con la autoridad debida a sus regiones respectivas.

«O se juega limpio o no me morderé la lengua», dijo Largo Caballero. «No vaya ocurrir —dice en otra parte Caballero— que, como en otras ocasiones, los delegados regionales al Comité, lleven solo sus personales opiniones sin contrastarlas con la de las Agrupaciones.»

A eso se iba, al parecer. La opinión de «Claridad» y de la C. E. no les es grata a los miembros del C. N. En su ponencia se iba a tratar de «Asunto prensa Partido». La aversión de los militantes a ser engañados de nuevo por los que nos engañaron en el primer bienio, lleva a muchos a mostrarse recelosos de ciertos contubernios; la ponencia trata del «Frente popular antifascista». Repugna ir unidos al carro electoral con los mismos elementos que ya nos engañaron; pues la ponencia trata, muy madrugadora, de coaliciones electorales con los republicanos. Que las Juventudes interpretan el marxismo tal como debe interpretarse y como las realidades lo reclaman, ¡ah!, entonces la ponencia trata de que debe orientarse a las Juventudes. ¿Qué más? Es menester salir al paso de posibles y lamentables contingencias sobre esto que dice Largo Caballero: «No vaya darse el caso de que los miembros del C. N. representen solo sus personales opiniones». Bien; ignoramos lo que hayan podido hacer los miembros del C. N. que representan a regiones que no son la nuestra, pero, según nota que en el número del sábado pasado insertamos, la Agrupación de Vigo, cuyo presidente es el propio delegado regional, en sesiones del 21 y 26 del pasado, le ha sido puesta para su discusión y aprobación, una ponencia del Comité de dicha Agrupación, calcada en la otra del C. N. a que venimos refiriéndonos.

Tener un criterio personal y procurar que lo compartan el mayor número de compañeros, eso es lógico, y la razón de ser de todo militante activo. Pero acudir a poco lícitos expedientes para que aparezca el criterio personal como compartido por la masa, eso es condenable.

Nosotros no intentamos dar patente de Socialismo a nadie; pero deseamos claridad, mucha claridad.

Después de haber hablado Largo Caballero —lástima que no haya hablado antes— un hecho está patente, y es el divorcio entre la mayoría del C. N. y la C. E. Los motivos ni son nimios ni pasajeros. Las organizaciones del Partido, no deben desentenderse en esta pugna; aunque ciertamente la recomendación es obvia, pues la inmensa mayoría de aquéllas han dictado ya su fallo.

nadie que pretenda serlo. Todo lo que alrededor de esta cuestión se diga, más parece propósito de combatir a las personas, que de ahogar un peligro inexistente. En lo que se refiere —y siento hablar de ello— a mí, todos los que han discutido sobre el tema, conocen mi manera de pensar, y por si esto fuera poco, la he expuesto en público ante millares de trabajadores. ¿A qué viene entonces esa campaña, encaminada seguramente, a enfrentar al Partido con determinadas personas? Por otra parte, al hacer tal campaña, se ha pretendido evidenciar que las Juventudes Socialistas están deseosas de un amo al que obedecer, y eso es una vulgar difamación. Supongo para hoy y para siempre, que nadie volverá a entretenerse ni a emplear sus galas literarias combatiendo fantasmas, como este del caudillaje, inexistentes.

Las tendencias, existen

—Otra de las objeciones que se hacen al folleto es que ha dividido al Partido en tendencias. ¿Qué opina usted?

—Que ya es conceder virtud y autoridad a la Federación de Juventudes Socialistas colgarle a ella este sambenito. Las tendencias existen desde hace muchos años en el Partido Socialista. Lo que han hecho los jóvenes es, solamente, concretarlas, puntualizarlas. De lo único que se les puede culpar es de haber revelado un secreto —a voces— que tácitamente manteníamos todos. Pero hay que reconocer que seguir manteniendo un secreto que conoce todo el mundo, no beneficia absolutamente en nada al Partido.

En el folleto —continúa Largo Caballero— se habla de la expulsión de una tendencia. Pero lo que en el fondo implica es que en la dirección y en la organización del Partido debe haber la mayor unificación y homogeneidad; y que los no conformes deben soportar y acatar los acuerdos de la mayoría, sin rebelarse. Porque si luego, en uso de un derecho discutible quieren hacer campaña contra esos acuerdos, no es cuestión de tendencias, sino de disciplina, y el Partido estará en el deber de aplicarles sanciones. Desde luego no creo que sea censurable el que los jóvenes opinaran sobre esta cuestión, porque cuando lo han hecho, llevábamos ya algún tiempo aguantando en silencio campañas que se venían haciendo contra el Partido, y a cuyo paso era preciso salir.

En cuanto a lo de la eliminación de la dirección de cierta tendencia, que por cierto ha sido planteada sin personalizar, me parece lógico que se desee que en la Ejecutiva del Partido Socialista no influyan quienes están en desacuerdo con la mayoría.

Unificación sindical y unificación política.
La cuestión de la Internacional.

—¿Qué tiene usted que decir de las conclusiones del folleto?

—Que, en general, no hay objeciones que hacerle. ¿Puede haber algún socialista que se oponga a la unidad sindical? Que no es un disparate lo que los jóvenes proponían lo demuestra el que la III Internacional lo ha aceptado, ha propuesto los procedimientos para llegar a hacerlo. A lo que todos estaban obligados, más que a combatir el folleto, era a trabajar por la unidad sindical. Por suerte se están dando los primeros pasos para conseguirlo, en forma de que no sean precisos, por parte de ninguna de las dos centrales, sacrificios ideológicos o tácticos. Hagamos todos los esfuerzos que nos corresponde para impedir que esa unificación, tan necesaria, se malogre. Sólo alegría debemos sentir ante la realización de un anhelo de siempre.

—¿Y de la unificación política?

—Pero, ¿hay quién no esté conforme con la unificación política de la clase obrera? Que lo diga. Es probable que pronto se nos hagan proposiciones concretas para conseguirla. Es preciso examinarlas con el espíritu predispuesto de antemano a no retrasar esa unidad. Sólo forjándola nos pondremos en condiciones de luchar contra el enemigo con posibilidades de éxito.

—¿Qué opina usted de la posición de los jóvenes ante la Internacional?

—Discrepo, en parte, de lo que ellos dicen. No creo que este sea el momento en que el Partido deba abandonar la II Internacional. Estimo que uno de nuestros deberes actuales es exigir de esa Internacional una declaración explícita de su parecer sobre el movimiento de octubre. La actitud equívoca y bastante negligente en cuanto a la ayuda material de presos y perseguidos, que ha venido observando, es preciso aclararla en un Congreso.

—Por otra parte —añade— hace falta colaborar con los elementos de la II Internacional que estén conformes en llegar a la unificación con la III, necesidad que se hace sentir. Si comprobáramos que esto era imposible, porque algunas naciones, inspiradas en motivos puramente nacionales, se opusieran, sería llegado el momento de adoptar una posición definitiva. Pero sin liquidar lo de Octubre, nunca. Y conste que yo no niego que la Internacional ha trabajado por los indultos de los sentenciados a muerte. Pero eso no es bastante; aquí lo que importa es la conducta política del Partido Socialista, y si la II Internacional se solidariza con ella. Cuando se ha hecho el sacrificio que todos conocen, cumplamos las recomendaciones dadas en sus circulares, de luchar contra el fascismo, como no lo ha hecho quizá ningún otro Partido Socialista en el mundo. Y a esto no se puede contes-

(Pasa a la cuarta página).

Y REVOLUCIÓN

trabajadores, y trabajadores que se llaman revolucionarios y so-

Partido revolucionario, debemos combatir semejante idea,

no puede ser anterior a la Revolución Social, sino pos-

Socialismo, significa precisamente la destrucción de un régi-

er que en plena sociedad burguesa la clase explotada, los

ordinaria, pensar que sin esta instrucción general no es posible

amamientos a este segundo punto—, cuando la burguesía echó

proletariado. Trabaja por unir y dar toda la conciencia po-

organizadas del Socialismo, no esperarán, para hacer la

de a los que sienten las consecuencias de ella, y no es cosa

ble, basta, aparte del auxilio de los hechos, que las verdades

ndo hayamos logrado la victoria, cuando hayamos hecho que

ambicionamos, es necesario concluir antes con la burguesía,

PABLO IGLESIAS

o el período de la evolución, la des-

día por parte de los de abajo, no

Los millares y millares de en-

Vigo, Noviembre de 1935.

GRAN CAFÉ MODERNO

CAFÉ EXPRESS Y CONCENTRADO

A los forasteros y a los de la ciudad

Somos los que somos, más uno: el Maestro

Se cumple hoy el X aniversario de la muerte de Pablo Iglesias. Tal día como el presente, poco después de ponerse el Sol, hace diez años, cuando la Dictadura se hallaba a mitad de camino, dejaba de existir el Maestro en su cuarto mesocrático de la calle de Ferraz. Difícilmente podrá arrancar el tiempo de nuestro espíritu las emociones que entonces se nos agolparon en el pecho con dramático desorden. Recordamos la fecha como si fuera la de ayer. Acaso más vigorosamente. El viejo Matías Gómez nos trajo, con voz trémula, la dolorosa noticia. Y aún obligados por varias razones a aceptar sin titubeos la triste nueva, nos costaba esfuerzo infinito hacernos a la idea de que Pablo Iglesias nos abandonaba. Grabadas están en nuestra memoria las escenas inolvidables a que dió lugar la muerte del «abuelo» en aquellas jornadas decembrinas. El desfile incesante de personas, proletarios e intelectuales, por la casa de la calle de Ferraz. Más tarde por la casa del Pueblo. La conmoción que produjo en toda España el suceso. Las copiosas informaciones de los periódicos liberales, que lloraron como si también ellos hubieran perdido al Maestro. Los miles y miles de telegramas que llegaban de todas partes, día y noche, al domicilio de Iglesias, a la Redacción de «El Socialista», a la Casa del Pueblo. España entera se puso en pie instantáneamente. El ruido golpe movilizó al pueblo, que parecía salir, en un ambiente político asfixiante y dictatorial, de un letargo. Millones de corazones rindieron homenaje al muerto. Acontecimiento tan angustioso se tradujo, al fin, en una manifestación civil insolita en España. La nación se incorporó al temblor de luctuosos clarines. Como una llamarada se alzó el proletariado, rápido y espontáneo, en torno al cadáver de Pablo Iglesias. ¡Días inefables para nosotros! La pesadumbre, que nos doblaba el espíritu, se juntaba con la extraña alegría de ver a todo un pueblo rodeado a una figura tan nuestra, y por nuestra tan de España. ¡Y luego aquel cortejo inconcebible—más de doscientos mil hombres tras los restos del líder proletario—que siguió, calle de Alcalá arriba, al sembrador, al guía, al aleccionador de multitudes...! La muchedumbre en silencio. Ni un incidente. Ni una protesta individual contra la España arcaica, que, a buen seguro, tuvo aquel día de la inhumación del «abuelo», acaso por primera vez, conciencia plena de que estaba vencida. Pero, ¿qué protesta más elocuente y enérgica contra la monarquía homicida que el silencioso e imponente desfile de una multitud con la que no contaban los sojuzgadores? El fallecimiento de Pablo Iglesias dió motivo, en suma, para que la dinastía borbónica viera en qué medida había cambiado España. Pablo Iglesias, como el Cid, ganaba batallas después de muerto. En Diciembre de 1925 pudo vaticinarse, ante el inmenso cortejo que recorrió la calle de Alcalá, que la monarquía tenía los días contados. Al día siguiente, la reacción no pudo ocultar su estupor. Había comenzado—ahora de veras—la revolución que derribaría al régimen absolutista.

Iglesias, ya frío su cadáver, ganaba una batalla de proporciones históricas. Mas las que después vinieron y se ganaron, ¿no las ha ganado él también? Sin duda alguna. Su gran ejemplo nos hace, en los instantes graves, fuertes y animosos. Su excepcional sentido político nos sigue orientando. Su espíritu continúa y continuará por siempre entre nosotros. Cuantos triunfos logramos a Iglesias en buena parte, se deben. No borra el tiempo las huellas indelebiles de toda una vida de trabajos y de adoctrinamiento. Las masas educadas por el Maestro ahí están, firmes e invariables a extrañas sugerencias, como cuando él vivía y les hablaba. Ello indica que el consejo, y con él la doctrina, llegó a lo hondo. Y es que nadie como Pablo Iglesias supo dejar albergada su palabra en la conciencia de las masas trabajadoras. No puede haber sorpresa cuando se afirma que esa palabra continúa dando rendimiento, proporcionando entusiasmos.

En toda España, en fin, ha echado hondas raíces la obra de Pablo Iglesias. La simiente que él lanzó por todos los confines ha dado frutos esplendorosos, rendimiento quizás insospechado. Aumenta sin cesar el número de proletarios que siguen a nuestra bandera. El movimiento obrero se enriquece con el concurso de valiosos cerebros. Ya no son el Partido Socialista ni la Unión General de Trabajadores lo que fueron. Sus progresos asombrarían al «abuelo» si los conociera. Caminamos de prisa, contra nuestro gusto. Las circunstancias suelen dominar a los hombres cuando rebasan —aquellas— ciertos límites y rayan en lo insólito. Horas de grandes responsabilidades para los discípulos de Iglesias. Está con nosotros, en espíritu, el «abuelo». Y en este décimo aniversario de su muerte contemplamos su obra una vez más con el dolor de que él no pueda verla, arrogante y grandiosa, a nuestro lado.

A. R. O.

La sombra de Pablo Iglesias

Enemigos acérrimos de idolatrías personales, por ser ellas tan contrarias a nuestras doctrinas, Iglesias constituye una excepción. pues sin él, el Socialismo español no hubiese llegado al grado de madurez actual, que le coloca en el primer plano del Socialismo mundial, por su conciencia y por su empuje.

Pablo Iglesias, en los primeros tiempos, difunde los ideales de Marx dentro de una campana neumática, que era la España de la época capaz de asfixiar al coloso de más fuerte resistencia pulmonar. Cualquiera que no fuese un verdadero titán como él, se hubiera ahogado en aquella España de un proletariado inconsciente e inculto del último tercio del siglo pasado de «Pan y Toros».

La Sociedad «Arte de Imprimir», le sirve de base para difundir sus ideales de emancipación bajo los postulados marxistas. A poco de fundarse esta flamante sociedad de obreros tipógrafos, por él y Quejido fundada, el fracaso más rotundo es el fruto de sus esfuerzos. Los obreros más cultos y conscientes, como eran entonces los tipógrafos, desertan en masa; entre otras razones de peso, porque se les exige en las reuniones, al aludirse, adopten la denominación de «compañero fulano». Esto les ofende en su sensibilidad pseudo burguesa. Desean que se les llame el «señor fulano, el señor mengano».

Con el par de docenas de cajistas que «toleran» que se les denomine «compañeros» y que llegan también a «transigir» que les den la misma denominación los trabajadores de otros oficios «inferiores», intenta Iglesias afirmar los puntales graníticos de lo que más tarde había de ser el Partido Socialista Obrero Español y la Unión General de Trabajadores.

Con tan cativas fuerzas, Iglesias pretende tomar parte en las deliberaciones de un Congreso de la Internacional en Barcelona. No se le admite.

Funda «El Socialista» que él redacta y dirige y ayuda a componer al principio. Apenas lo compran pocos más elementos que los que lo confeccionan. En fin, un verdadero desastre, no sólo económico sino moral, capaz de hacer retroceder al hombre de más recia moral y tesón; pero Iglesias no decae y trabaja con el mismo ahínco que si del «Daily Herald» se tratara o de un numeroso partido tuviese la responsabilidad de dirigir.

Por todas partes el más deprimente vacío; la irritante rechifla y siempre nimbada su figura noble y rectilínea con las más miserables columnias. Desde su famoso «gabán de pieles» y su propiedad de magníficas «casas a cuenta de los dineros (II) de los trabajadores» hasta la ridícula historia de que viajaba en 1.ª para pasarse a 3.ª en la inmediata estación, previo el cambio del estúpido gabán de pieles por la modesta blusa.

¿Quién era capaz de aguantar estos jesuíticos ataques sin echarlo todo a rodar? Pues Iglesias; y más teniendo en cuenta que eran los propios trabajadores los que hacían circular las bastardas especies nacidas en las redacciones de la prensa burguesa y en las sacristías.

¿Qué le importaba a Iglesias hacer un largo, penoso y costoso viaje, para dar un mitin en el que solo encontraba una raquítica concurrencia y aún muchos de los asistentes con mentales reservas de hacerle objeto de rechifla? Su verbo cálido, nacido en lo más hondo de su gran corazón, fluía a sus labios bien controlada la oración por su potente cerebro, dejando suspensos a los que esperaban obstruccionarle y acabando por hacerse aplaudir ante sus frases restallantes como látigos y llenas de humanismo redentor.

Fueron más de cuarenta años de lucha titánica, tremenda, épica, para romper el hielo de la inconsciencia e ignorancia de los trabajadores. Cerca de medio siglo para meter el arado en la tierra dura como el granito, y sembrar la fértil semilla redentora.

Hace diez años que se dió sepultura a su cuerpo descarnado. Casi otros tantos años hacía que el recio paladín había poco menos que muerto físicamente. La dura lucha le agotara sus fuerzas de titán y la España trabajadora escucha, cada día menos, la voz del héroe. Pero había dejado bien encendidas y copiosamente alimentadas las antorchas marxistas que alumbraban a España, a la España proletaria, el camino de su redención.

El Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores eran ya los dos potentes organismos que empezaban a hacer temblar a la caduca burguesía española.

Iglesias no ha muerto. Su poderoso aliento sigue invisible, calentando nuestro optimismo, nuestros destinos.

El Socialismo proclama que la conquista del Poder, hoy en manos de las clases privilegiadas, ha de ser obra revolucionaria, obra de la fuerza, como lo ha sido siempre el triunfo de una clase sobre otra.

PABLO IGLESIAS.

NOTAS

El Comité de la Federación provincial de Colectividades Socialistas, a propuesta de algunas Agrupaciones, acordó prorrogar el plazo para presentar proposiciones al II Congreso, hasta el 18 del corriente.

Esta noche, a las siete, en primera convocatoria y a las siete y media en segunda, se reunirá la Juventud Socialista de esta capital.

COLISEUM-PRINCIPAL

HOY SÁBADO POPULAR

UN PROGRAMA DOBLE

Estreno de

Un bravo entre bravos

por BUCK JONES

Y segunda Jornada de

La sombra misteriosa

Mañana Domingo

CATALINA BÁRCENA en

JULIETA COMPRA UN HIJO

Hoy Sábado

La grandiosa película de aventuras del Oeste

El bandido legal

por el intrépido caballista

TOM TYLER

Mañana Domingo

ESTRENO de la grandiosa producción hablada en español,

EL JOROBADO O EL JURAMENTO DE LAGARDERE.

